



mero que dispuso los años segun aquella era, que se substituyó á la de los mártires, y que ha llegado á ser la vulgar. Jornandes ó Jordan, godo de nacion, secretario de un rey alano, y luego quizá obispo de Rávena (552), compendió la historia de los godos escrita por Casiodoro, mostrándose en su trabajo parcial y sin crítica, y extractó de Floro una historia romana desde Rómulo hasta Augusto.

Victor, obispo de Tunnuna, en África (564), llamado á Constantinopla para que diese cuenta de la parte que habia tomado en la discusion de los tres capítulos, y encerrado en un monasterio, donde murió, prosiguió la historia de Próspero, natural de Aquitania, desde 444 á 566. Hasta 590 la continuó Juan, obispo visigodo, apellidado Biclarense, por el nombre del convento que fundó en los Pirineos. Son útiles, especialmente en lo que concierne á España. Mario, obispo de Abenches, siguió hasta el año 581.

San Isidoro de Sevilla (601) escribió en veinte libros los *Orígenes ó Etimologías*, que concluyó su amigo Braulio, obispo de Zaragoza. Es una enciclopedia de cuanto se sabia entonces, en la cual se trata, primero de gramática é historia, de retórica y filosofía, de aritmética, de música y astronomía, de medicina, de jurisprudencia y cronología; luego de la Biblia, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los concilios y del calendario; en seguida se eleva el autor á discurrir sobre Dios, sobre los ángeles, los hombres y la fe; despues habla de las herejías, de las sibilas, de los mágicos y de los dioses; más adelante lo hace de las varias lenguas, de los nombres de los pueblos, de las dignidades; y por último, busca la etimología de muchas palabras desconocidas. Aunque frecuentemente desvaria, debe concedérsele el mérito de haber conservado algunos fragmentos antiguos. Trató tambien de las diferencias ó de la propiedad de las palabras, y se le atribuyen distintos glosarios. Dejó una crónica que empieza con la creacion y alcanza hasta Heraclio en 615, sacada de otras anteriores, salvo algunas noticias nuevas de los últimos tiempos; además dos historias de los pueblos germanos, que fundaron reinos en España en el

siglo V, con un apéndice sobre los vándalos y los suevos, de los cuales podia hablar con exactitud, pues habia vivido entre ellos. Prosiguió tambien el catálogo de los escritores eclesiásticos de S. Jerónimo.

San Ildefonso, su discípulo y arzobispo de Toledo, escribió la historia de los godos desde 647 á 667, año en que murió. Hasta el de 670 la continuó Julian Pomerio, tambien arzobispo de aquella ciudad. Despues, en el siglo XIII, Lúcas Tudense, obispo de Tuy, la llevó hasta el año de 1236. En esto consiste el cuerpo de las historias de España.

Epifanio, escolástico, esto es, abogado, compendió, á instancias de Casiodoro, las historias eclesiásticas de Sócrates, Sozomenes y Teodoro; esta obra, y la continuacion de Eusebio, por Rufino, constituyeron la *Historia tripartita* en doce libros, manual de la historia eclesiástica de Occidente. Jennadio, sacerdote de Marsella, prosiguió hasta el año 495 la historia literaria de S. Jerónimo, dividida en cien secciones, de las cuales la última está ocupada por el mismo autor.

Jorge Florencio, que heredó de su bisabuelo, obispo de Langres, el nombre de Gregorio, nació en Auvernia de una familia senatorial, ya ilustrada por muchos obispos; acudió á buscar la salud al sepulcro de San Martín, siendo despues elegido para sucederle; segun parece, se dirigió á Roma á ver á Gregorio Magno, y los reyes francos le emplearon en sus disidencias. Se le apellida padre de la historia de Francia, á causa de sus diez libros de la *Historia eclesiástica Francorum*. No se infiera del título que se habla sólo de las cosas de la Iglesia, pues que lo aprovecha para hablar de toda la historia. «Referiré, mezclándolas unas con otras, las virtudes de los santos y las desgracias de los pueblos; ni creo que se considere extraño el unir en el relato, no para la comodidad del escritor, sino para seguir la marcha de los sucesos, las felicidades de la vida de los bienaventurados con los desastres de los infelices.»

En el primer libro, principiando desde Adam, refiere los acontecimientos del pueblo escogido, la vida de Cristo y de los emperadores, y cómo



la cruz fué plantada en las Galias, concluyendo con la muerte de San Martín: en el segundo empieza realmente á hablar de los francos, y sigue hasta la muerte de Clodoveo: con los ocho restantes llega al año 592. Aunque muestra que conocia á Virgilio, Salustio y Gelio, su estilo es al mismo tiempo inculto y afectado, sin fuerza, colorido ni órden alguno, ni siquiera el cronológico, como un hombre que narra lo que sucesivamente va oyendo decir. Y sin embargo, se queja de la decadencia de las letras. «Declinando, ó más bien habiendo perecido el cultivo de las letras y del saber en las ciudades de la Galia, en medio de las buenas y malas acciones que allí se cometieron, mientras que los bárbaros se entregaban á su ferocidad y los reyes á su furor, y las iglesias eran alterativamente enriquecidas por las almas piadosas y despojadas por los infieles, no se encontró ningun gramático bastante instruido en la dialéctica para emprender la tarea de describir en prosa y en verso aquellos hechos. Por esto es por lo que muchos decian gimiendo: ¡Desgraciados de nosotros! las letras perecen y no se encuentra nadie que sepa referir los acontecimientos actuales. Viendo esto, he juzgado útil conservar, aunque en estilo inculto, la memoria de las cosas que han sucedido, para que llegue á los siglos venideros.»

En él la supersticion no aparece excusada por la piedad ingenua, ni la credulidad está compensada con la imaginacion; faltándole la sencillez de los antiguos y la crítica de los modernos, pasa en silencio hechos importantes, admite otros falsos ó dudosos, cree todos los prodigios; pero como era contemporáneo y frecuentemente testigo y actor, su libro respira la tristeza propia del que veia á los hombres y las cosas, los delitos y las virtudes confundirse en el caos en que perecia la antigua civilizacion. Con rasgos característicos describe á veces mejor de lo que podria hacerlo por medio del arte; hay algun movimiento en la narracion, alguna verdad en la expresion y en el sentimiento; de manera que retrasa los tiempos sin quererlo, porque á ellos pertenece; y manifiesta aquel contraste de las razas, de las

condiciones, de las clases, que la conquista habia puesto frente á frente en el mismo terreno.

Fredegario, del cual sólo sabemos que era borgoñon, vivia á mediados del siglo VII, y era probablemente monje. En los tres primeros libros de una crónica general, compendió á Julio Africano y á Idacio; en el cuarto los seis primeros de Gregorio de Tours, con algunas adiciones, continuando en el quinto el hilo de los sucesos hasta 641. Más parcial de lo justo con la casa de Borgoña, pasó en silencio la Austrasia y el resto de Francia, y por lo que respecta al arte, se quedó muy atras de su modelo. Sin ningun vestigio de la antigua literatura, conocia él mismo que «el mundo iba envejeciendo; que el filo del ingenio se embotaba, y que no habia en su tiempo quien igualase á los escritores de las épocas pasadas ni lo pretendiese.» Algo mejor es Aimoino, monje de Fleury, que tambien escribió en cinco libros la historia de los francos, autor prolijo y trivial en su estilo é inhábil en la eleccion de hechos y particularidades.

Constituyen un nuevo género de literatura las leyendas y las vidas de los santos, multiplicadas á la sazón, y que tenian un objeto enteramente práctico, procurando ménos cautivar el entendimiento y satisfacer la razon, que conmovir la voluntad. Segun acontece con todos los demas héroes, se esparcieron acerca de los héroes populares que llamamos santos, diversas relaciones, algunas falsas y otras exageradas ó mal comprendidas; por lo que unas veces la imaginacion veia en ellas milagros, y otras la ignorancia consideraba tales ciertos hechos que se explican naturalmente. Repetidos y amplificados aquellos relatos por la fama, fueron compilados como verdades por personas que, más que discutir, necesitaban creer y amar. Así la Grecia sabia con toda exactitud los hechos de los héroes de Troya, que quizá jamas existieron, y cada ciudad de la Italia meridional conservaba las armas ó el sepulcro de algun compañero de Eneas, que tal vez nunca se acercó á sus costas.

Cerano, obispo de París, escribió á todos los clérigos pidiéndoles las tradiciones piado-



sas de sus respectivos países. Juan Mosch, que se dirigió desde Alejandría á Roma, compuso allí el *Prado espiritual*, en doscientos diez y nueve capítulos de milagros. Á esta materia pertenecen los diálogos ya indicados de Gregorio Magno y los escritos de Metafrasto. También Gregorio de Tours escribió la gloria de los mártires en ciento siete capítulos de milagros, en ciento doce la de los confesores, en veinte las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de San Julian, obispo de Brin; despues los de San Andres, y especialmente los de San Martin, obras que en su tiempo habrán agradado más que la historia.

Á veces se ejercitaba en estas vidas el talento de los monjes, quienes inventaban á porfía las circunstancias más raras. Las mejores se depositaban en los archivos de los monasterios, y sacadas de allí despues de muchos años, ganaron la confianza por su antigüedad, hasta que vino la crítica á pasarlas por su criba, reuniendo las elegidas en un cuerpo de historia que abraza quince siglos y todos los países, todos los usos, todas las categorías. Ruinart imprimió los hechos de los primeros Padres y mártires; el doctísimo Mabillon recopiló las

vidas de los santos benedictinos; Baronio introdujo muchas en los *Anales de la Iglesia*, pero la mejor coleccion es la de Juan Bolland, jesuita belga, empezada el año de 1643, continuada despues hasta el de 1794, y que en cincuenta y tres tomos que contienen quizá veinticinco mil vidas, alcanza sólo á mediados de Octubre.

Era como una reaccion de las imaginaciones contra los desórdenes morales de la época; allí se ponian de relieve la bondad y la justicia, que habian desaparecido del resto del mundo; se presentaban dulzuras y simpatías en medio de los dolores; sirviendo esto de pasto á la fantasía desprovista de todo otro alimento. Era un consuelo para la vida tan agitada de aquel tiempo, manifestar la continua asistencia de la Providencia. En la Biblia la imaginacion se hallaba detenida por la fe; en las leyendas podia satisfacer todos sus caprichos, y variar de veneracion segun los lugares y los tiempos, volviéndose primero á los mártires, despues á los solitarios, y por último á los grandes obispos, á los artistas, á los literatos, á los héroes, en suma, á los apóstoles nuevos de un nuevo mundo.

CAPÍTULO XXV

Ciencias y bellas artes.

¿Eran tiempos aquellos para que prosperasen las bellas artes y las ciencias? La comunicacion entre tantas naciones nuevas extendió el conocimiento del mundo; pero nadie trató de describirlo científicamente, excepto el egipcio Cosme, llamado *indicopleusta* por sus viajes á la India y á Etiopia, y el primero que nombró á Ceilan. Pareciéndole á Lactancio, á San Agustin y á Juan Crisóstomo que el sistema de Tolomeo estaba en contradiccion con la Biblia, por admitir la redondez de la tierra y la existencia de los antípodas, imaginaron uno, como si los libros sagrados prometiesen la ciencia al par que la salvacion. Siguiendo Cosme sus huellas, se empeñó en probar que la teoría de Tolomeo era impia, como hicieron ciertos teólogos despues respecto de la de Copérnico, que sin embargo habia sido publicada bajo auspicios sagrados, por lo cual su obra se tituló cristiana (*χριστιανική τοπογραφία*). Segun él, la tierra es plana, y su figura la de un paralelógramo, de doble longitud que latitud, está ceñida por el Océano que se abrió en ella cuatro pasos, el Mediterráneo, el Mar Caspio y los golfos de Arabia y de Persia. Más allá del Océano hay otro mundo, inaccesible á los hombres, quienes no obstante habitaron anti-

guamente parte de él, pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraíso terrenal con los cuatro rios que actualmente corren por canales subterráneos y se derraman en nuestro mundo postdiluviano. Adam, arrojado del Edem, permaneció en aquel continente, hasta que el diluvio trajo el arca á las orillas del nuestro, á cuyos cuatro lados se extiende una muralla, que elevándose perpendicularmente, se dobla despues como una cúpula del mundo, y forma de esta manera la bóveda de los cielos. Sobre ésta verifican el sol y la luna su curso diario, no girando al rededor del mundo, porque se lo impide la muralla, sino dando la vuelta á una montaña cónica, de inmensa altura, situada al norte de la tierra. Elevándose el sol en el verano hácia la cúspide de esta montaña, produce los dias largos, que disminuyen á medida que declina, al aproximarse el invierno hácia la parte más sólida.

Es tan ingenioso como extravagante el modo como explica Cosme en el mismo género las fases de la luna, los eclipses y demas fenómenos. La divergencia de la luz procede, dice, de que el sol es apenas la octava parte de la tierra.

En cuanto al arte de curar, algunos han